

 <p>Pamplona - Iruña</p> <p>Centro Loyola</p>	<p style="text-align: center;">DOMINGO DE PENTECOSTÉS - CICLO C</p> <p style="text-align: center;">Por José Enrique Ruiz de Galarreta, sj</p>
--	---

TEXTOS

DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES (2,1-11)

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse. Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: " ¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios. "

DE LA CARTA DE PABLO A LOS GÁLATAS (5,16-25)

Por mi parte os digo: Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. Pero, si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley. Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu.

DEL EVANGELIO DE JUAN (15,26-27)

Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

Mucho tengo todavía que decir, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros.

El evangelio propuesto podría quizá sustituirse por el siguiente, que más tarde comentamos

DEL EVANGELIO DE JUAN (20,19)

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. E esto, entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

- Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó as manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les repitió:

- Paz a vosotros. Como el Padre me envió, sí también os envío yo.

Y dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo:

- Recibid el espíritu Santo.

TEMAS Y CONTEXTOS

EL TEXTO DE LOS HECHOS

EL texto de Lucas marca el principio de la "explosión de la iglesia". Hasta este momento, la comunidad de creyentes en Jesús ha vivido concentrada en sí misma, guardando el recuerdo del Señor. En este momento se va a convertir en comunidad misionera, por la fuerza del Espíritu de Jesús. Los símbolos son lo de menos: el viento, las lenguas de fuego, el don de lenguas, son las señales externas de la presencia del espíritu y de la universalidad del mensaje. Pero el hecho es cierto. Aquellos pocos y tímidos seguidores de Jesús se convierten en apóstoles y profetas y se lanzan a anunciar a Jesús Resucitado al mundo entero.

La fe de los discípulos sufrió el tremendo desafío de la muerte en cruz, resucitó en la resurrección, y ahora llega a la plenitud de su sentido: se convierten en testigos, misioneros, esparcidos del espíritu de Jesús. Esto es lo que constituye el nacimiento de la iglesia: no solamente que creen en Jesús y guardan su memoria, sino que se hacen testigos, presencia viva del espíritu de Jesús en el mundo.

Por otra parte, no sólo son símbolos las lenguas de fuego, el viento y el temblor de tierra sino la escena entera. Los demás evangelistas no lo mencionan en absoluto, y es más significativo aún que el evangelio de Juan termine (antes de la primera conclusión) como hemos presentado citando a Jn. 29,19.

“Sopló sobre ellos y les dijo:

- Recibid el espíritu Santo.

El signo es también el viento, pero en forma de soplo, como en el libro del Génesis, cuando Dios sopla su propio aliento en las narices del muñeco de barro para infundirle su propia vida.

Así pues nos importa, más que la realidad del suceso externo, la realidad verdadera, interior: que la Iglesia está animada por el mismo Viento de Jesús. Los dos libros de Lucas tienen mensajes paralelos: el evangelio se refiere a Jesús y proclama “Dios estaba con él”. Los Hechos se refieren a la Iglesia y afirman “Dios estaba con ella”.

EL TEXTO DE GÁLATAS

Es una perfecta aplicación de lo anterior. Anunciar a Jesús no significa hablar de él, sino vivir en el espíritu. Pablo muestra la oposición de las dos vidas: la vida según la carne ha sido crucificada: no nos dedicamos a eso, aunque nuestra carne nos lo pida. Vivir en el espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí... Todo lo cual está muy por encima de la ley, que sólo urge nuestros comportamientos externos. Es un resumen perfecto de la esencia del evangelio: vivir como hijos de Dios, eso es ser testigos de Jesús.

EL EVANGELIO DE JUAN

Profundiza en la misma noción de Espíritu. Es el espíritu de Jesús, el que viene del padre, el Espíritu de Dios que actúa en el mundo a través de Jesús y a través de todos nosotros. Este texto nos sirve para hacer un acto de fe en la iglesia, en todos nosotros que formamos la iglesia. No vivimos solamente del recuerdo de Jesús, de la meditación de sus palabras. Vivimos de la presencia viva del Espíritu en nosotros. Ese espíritu de Jesús se está manifestando continuamente en la Iglesia entera, manteniendo viva a la iglesia, haciéndonos vivir como testigos. Es la acción creadora de Dios, la que saca al mundo del caos desde el principio, la que lleva el mundo a su consumación, la fuerza de Dios que sopló como un huracán en Jesús y sigue alentando a la iglesia y a todas las personas de buena voluntad, para llevar al mundo a su plenitud.

REFLEXIÓN

Estos textos nos ofrecen la oportunidad de reflexionar sobre "nuestro espíritu". ¿Qué espíritu nos empuja? ¿Cuál es el viento que nos lleva, de dónde y a dónde sopla? ¿Es el viento de Dios, es el viento de Jesús? ¿Somos capaces de reconocer los diversos vientos que agitan nuestra alma? Reflexionemos un momento sobre el texto de Pablo, intentando profundizar y hacer más nuestro el sentido de la palabra "EL ESPÍRITU DE JESÚS"

Pablo indica varios temas de extrema importancia en nuestra espiritualidad: el antagonismo espíritu-carne, el antagonismo entre La Ley-El Espíritu; los frutos del

Espíritu, vivir según el Espíritu. Vamos a detallarlos, como un resumen de nuestra fe y nuestro modo de vivir.

Pablo utiliza el término "la carne" de manera semejante a como Juan utiliza el término "el mundo" o "las tinieblas", aunque en un sentido más interior. Se trata de la oposición al Espíritu, la oposición a Dios, desde dentro o desde fuera del hombre. Nosotros podríamos hablar de "el pecado", en su manifestación más interior o en sus consecuencias sociales.

"La carne" es pues lo que nos aparta de Dios. Creo que podríamos hablar correctamente si lo identificáramos con "el pecado original", eso que sentimos en nosotros como contrapuesto a la acción de Dios, a nuestra propia conveniencia, incluso a lo que deseamos. Pablo lo expresa de manera dramática en Romanos 7. La lectura de este texto puede ser una hermosa fuente de meditación, aplicándonosla personalmente.

Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. Y, si hago lo que no quiero,... en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí.

... En efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí.

Descubro, pues, esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta. Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros.

¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?
¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! (Rm. 7,9-25)

.....

Esta es, posiblemente, la mejor descripción de nuestra condición humana, y esto es lo que nos hace descubrir que el concepto de pecado - perdón que se desprende del Evangelio, el que tantas veces hemos manejado en nuestras celebraciones de la Reconciliación, no es simplemente la afirmación de la bondad de Dios, sino un profundo mensaje sobre la psicología del pecado. El pecado es la carga que nos impide ir hacia Dios. Mucha más que culpa es carga, y por eso, más que de perdón hay que hablar de liberación. Por eso se llama Jesús, el Salvador, el libertador. Una vez más, el Evangelio no es un ligero barniz que se añade a lo humano: es tomar al hombre desde lo más profundo, tal como es, y hacer posible que se oriente a Dios.

Este es el primer fruto del Espíritu de Jesús. La liberación: otra hermosa imagen: prisioneros de la carne, prisioneros de la tierra, disminuidos, pájaros enjaulados, hechos para volar, que esperan poder dejarse arrastrar por el viento.

Este es el Espíritu, el Espíritu del Hijo, el Espíritu de los hijos, el que nos rescata de la esclavitud de la tierra y nos abre el horizonte luminoso de los Hijos:

En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!

Dios es por tanto "el Espíritu Creador, Salvador, Consumador". No un Señor exterior y lejano, sino la fuerza más íntima de mi ser, la fuerza que me hace vivir, la fuerza salvadora de mi vida.

Es de la Iglesia el que tiene el Espíritu de Jesús.

Por sus frutos los conoceréis.

"Porque tuve hambre y me disteis de comer"

Y así sentimos que Jesús es la Vid, y el Padre el Labrador. Nos sentimos injertados en buena planta, sentimos que crecemos, que la savia de Dios corre por nosotros, que podemos cambiar nuestro mundo, que la planta de los hombres puede florecer.

Todo eso es el Espíritu, el Espíritu que se mostraba plenamente en Jesús, el Espíritu que se mostraba en aquella comunidad.

Y eso es lo que sucedió en aquella primera comunidad, y lo que sucede ahora: que el Espíritu de Dios, que hizo de Jesús el Hijo Vivo Para Siempre, sigue soplando en el mundo para hacernos a todos Hijos Vivos Para Siempre.

PALABRA DE DIOS PARA NOSOTROS

1. MI VIDA Y EL VIENTO

La lectura de San Pablo es difícil sólo aparentemente. Una vez introducidos en su manera de hablar, es un universo luminoso, y vemos que él sí había entendido y estaba lleno del Espíritu de Jesús. La carne y el espíritu, la tierra y el viento, lo pesado y la fuerza, lo estéril y lo fecundo... Leer nuestra vida a la luz de esta preciosa imagen.

El Viento arrastra, empuja. Nuestra vida es caminar, pero no sólo por nuestro esfuerzo: contamos con la fuerza del Viento. Es así, precisamente, como describe y explican los evangelistas al mismo Jesús: "llevado por el Espíritu", es decir, arrastrado por el Viento. Como un velero que ha sido capaz de tender las velas dejándose arrastrar por el Viento de Dios. Por eso le llamamos "el hombre lleno del Espíritu".

La carne vuelve a la tierra, el Viento se levanta, hace volar. Nuestros tesoros no están en la tierra, ni nuestro destino es el destino de toda carne. Llenar de Espíritu cada minuto de la vida, poner sal en cada momento, para que cada una de las situaciones de la vida cotidiana, a menudo tan intragables, se hagan gustosas; regar cada situación, cada actuación, para que el desierto de lo cotidiano y lo vulgar se haga fecundo para que reverdezca el desierto.

2. DISCERNIR ESPÍRITUS EN NUESTRA VIDA.

Pablo ha dividido fuertemente nuestras actuaciones y nuestros deseos: proceden del Espíritu de Jesús o "de la carne", lo percedero, lo que nos pesa y nos carga. Leer nuestra vida, ver qué espíritu nos guía. Mejor hacerlo de lo concreto a lo general, empezando por leer ante Dios el día de hoy, mirando qué espíritu nos ha guiado. Ignacio de Loyola se convirtió a Dios reflexionando sobre los distintos "vientos" que recorrían su alma, y diferenciándolos: el viento de las hazañas caballerescas, de mujeres, batallas, honores, parecía entusiasmarle en el momento, pero le dejaba inquieto y descontento. El Viento que le empujaba a dejarlo todo para imitar la vida de Jesús y de sus santos le inquietaba y le preocupaba, pero le producía paz, le dejaba contento y animado... Y se dejó arrastrar por El Viento.

Ignacio daba mucha importancia al examen de conciencia: ¿Qué Viento me ha arrastrado hoy? ¿Un viento "terral", que ha puesto mis ilusiones en lo que perece, en lo que no crea humanidad, en lo que no me realiza sino que solamente me satisface un poco? ¿Un viento que me ha hecho más o menos persona? ¿Un viento que ha creado algo de humanidad o que ha hecho crecer el dolor del mundo? ...

3. ¿DÓNDE ALIMENTO EL ESPÍRITU?

Podemos pedir a Dios "¡Oh Señor, envía tu Espíritu!", pero debemos buscarlo, alimentarlo. Para esto es nuestra oración, la lectura frecuente del Evangelio, la participación activa en la Eucaristía... y el compromiso en servicios concretos que mantengan vivo nuestro espíritu de servicio. Examinar ante Dios si cultivo esa planta o espero que crezca sola, o me conformo con que no crezca...

PROPUESTA DE UN CREDO ALTERNATIVO PARA PENTECOSTÉS Y LA TRINIDAD

YO CREO SÓLO EN UN DIOS,
EN ABBÁ, COMO CREÍA JESÚS.
YO CREO QUE EL TODOPODEROSO
CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA
ES COMO MI MADRE Y PUEDO FIARME DE ÉL.
LO CREO PORQUE ASÍ LO HE VISTO EN JESÚS, QUE SE SENTÍA HIJO.

YO CREO QUE ABBÁ NO ESTÁ LEJOS SINO CERCA, AL LADO, DENTRO DE MÍ,
CREO SENTIR SU ALIENTO COMO UN BRISA SUAVE QUE ME ANIMA
Y ME HACE MÁS FÁCIL CAMINAR.

CREO QUE JESÚS, MÁS AÚN QUE UN HOMBRE
ES ENVIADO, MENSAJERO.
CREO QUE SUS PALABRAS SON PALABRAS DE ABBÁ
CREO QUE SUS ACCIONES SON MENSAJES DE ABBÁ.
CREO QUE PUEDO LLAMAR A JESÚS
LA PALABRA PRESENTE ENTRE NOSOTROS.

YO SOLO CREO EN UN DIOS,
QUE ES PADRE, PALABRA Y VIENTO
PORQUE CREO EN JESÚS, EL HIJO,
EL HOMBRE LLENO DEL ESPÍRITU DE ABBÁ.

APÉNDICE: PARÁBOLA DEL VIENTO

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO, SEÑOR Y DADOR DE VIDA, QUE PROCEDE DEL PADRE Y DEL HIJO, QUE CON EL PADRE Y EL HIJO RECIBE UNA MISMA ADORACIÓN Y GLORIA Y QUE HABLÓ POR LOS PROFETAS.

Éste es el Credo que recitamos en la misa, que procede básicamente del credo de los concilios de Nicea y Constantinopla. Naturalmente, todo fiel cristiano cree y acepta todo lo que manda creer la Santa Madre Iglesia Católica Romana. Otra cosa es que entienda lo que cree. La formulación del Credo, y las de los dogmas, están hechas en un lenguaje muy elevado, propio de teólogos/filósofos, y la mayor parte de nosotros no lo somos y apenas entendemos lo que decimos.

Para todos aquellos fieles cristianos que desean entender un poco mejor los contenidos de nuestra fe, es mejor cambiar de lenguaje, de idioma. Intentemos repasar qué nos dijo Jesús acerca de Dios y de nosotros, en su propio estilo, en su mismo lenguaje. El estilo de Jesús, su lenguaje, son las parábolas. La tradición posterior lo ha traducido a un lenguaje filosófico, a conceptos metafísicos. Nosotros no llegamos a tanto, porque la metafísica es muy difícil, así que regresamos al estilo, al lenguaje parabólico, de Jesús.

La metafísica ha sido un modo de desarrollar la parábola. La tendencia a interpretar y explicar las palabras de Jesús con conceptos tomados de filosofías – metafísicas y paganas naturalmente – empezó ya en el cuarto evangelio (si no en el mismo Pablo) al tomar el término “logos” y otros conceptos de la filosofía de Filón y quizá de algunas fuentes gnósticas. Más tarde se recurrió a los clásicos griegos, Platón y Aristóteles... de manera que las palabras de Jesús se vertieron en moldes filosóficos helénicos o latinos. Es bueno desnudar a las palabras de Jesús de estas vestimentas metafísicas. Y desde luego no para desautorizar la metafísica, sino para re-descubrir sus orígenes, aquello que encierra y que le confiere valor. No se trata aquí de renunciar a todo el desarrollo dogmático que la iglesia ha ido realizando a través de los siglos. No se trata, sería locura, de prescindir de Agustín, de Tomás de Aquino, de Calcedonia, de Trento... no estamos locos. Se trata de volver a los orígenes, cuando la palabra aún no estaba vestida de metafísica, sencillamente para entender mejor, porque ni Jesús ni nosotros sabemos nada de metafísica.

Alguien podrá pensar que los escritos de Pablo son anteriores a los evangelios Sinópticos y que por tanto es a Pablo a quien hay que volver. Pero no es así. La redacción de los evangelios es posterior a Pablo, pero no sus fuentes, que se remontan directamente a la predicación de los testigos. Por tanto, aunque en los Sinópticos

mismos podemos descubrir ciertas “elaboraciones eclesiales” del mensaje de Jesús, a través de ellos podemos acercarnos de forma muy fiable a las mismas palabras de Jesús.

Es evidente que no empleamos el término “parábola” en sentido estricto. Una parábola es una narración, con personajes, acción, desenlace, pero se caracteriza porque toda la narración, los personajes, el desenlace, envía un mensaje. Una parábola es como una metáfora: explica bien esto la expresión de Jesús: “¿A qué podemos comparar el Reino de Dios? El Reino de Dios se parece a...”. Es un modo de hablar de Dios, de la vida humana, por comparaciones, por metáforas. En este sentido usamos el término. Vamos a hablar de Dios, Padre, Hijo, Espíritu, y de todo lo demás, en el estilo de Jesús, como si dijéramos “Dios se parece a...”

PARÁBOLA DEL VIENTO

El Antiguo Testamento hablaba también de Dios con expresiones que se referían a Él con respeto, por alusiones. Hablaban de la “Sabiduría” como si fuera un personaje diferente de Dios. Hablan de “el Ángel de Yahvé”, para mostrar su presencia o su poder, sin nombrarle directamente. Y hablaban, muchas veces, de “El Viento”. El viento de Dios (“la Ruah”) el aliento de Dios, que era capaz convertir en viviente el muñeco de barro, de retener el mar, de suscitar jefes y profetas. Viento que arrastra, aliento que vivifica, hermosa imagen de la presencia y de la acción de Dios.

Los evangelistas muestran muchas veces a Jesús arrastrado, empujado, lleno del Viento de Dios. El Viento de Dios lo arrastra al desierto, el viento de Dios le saca de Nazaret para lanzarlo a predicar y curar. Jesús es el hombre lleno del Aliento de Dios, continuamente arrastrado, animado por el Espíritu, por el Viento de Dios.

Y es una hermosa profesión de fe. Porque al Viento no se le ve, pero se le siente. Una hermosa profesión de fe en que Dios sí está presente, y activo, pero de una manera muy concreta: alentando, empujando. Hay concepciones de Dios que parecen imaginarlo en tres situaciones: Al principio, como Creador – después, como ausente – al final, como Juez. Para Israel, y para Jesús, está continuamente presente como Viento, que inspira, alienta, refresca, empuja, arrastra.

“Creo en el Viento de Dios” puede ser una manifestación de confianza y también la expresión de una experiencia personal. Otras muchas parábolas de la naturaleza son semejantes a ésta: el agua, la luz, la sal, y muchas otras. Y todas significarían lo mismo. Sin agua no se puede vivir; sin luz no podemos ni movernos; sin sal todo es insípido. Con Dios hay vida y frescura y fecundidad; con Dios hay sentido y acierto; con Dios todo tiene sabor, su sabor. Y la mejor de todas, el Viento. Me imagino a Jesús navegando a vela por el Lago Genesaret, sintiéndose llevado por el Viento de Dios.

Situar al Viento – traducido del griego como “Espíritu” – como un personaje más de la Tríada Santísima lo aleja de nosotros y lo hace incomprensible. Y – también aquí – nos

hace diferentes de Jesús. Si Jesús se dejaba llevar del Viento, yo también tengo que dejarme llevar del Viento. Y hay Viento, mi trabajo consiste en desplegar las velas. Pero si el Espíritu Santo es una paloma posada en el trono entre el Dios Padre y el Dios Hijo, todo se hace lejano y misterioso: lo único que exige es adorar y acatar el misterio de la paloma.

Abbá – Hijo – Viento, son tres metáforas maravillosas. No hablan de cómo es Dios por dentro, sino de cómo se porta con nosotros, de cómo nos sentimos para con él, de cómo está en el mundo.

La Trinidad son tres parábolas de Jesús que definen estupendamente la relación de Dios con nosotros y de nosotros con Dios. Si las reducimos a metafísica corremos el peligro de que pierdan casi todo su significado.

Desde pequeños decíamos: “¿qué es el viento? – el aire en movimiento”. Y ahora decimos: “¿Qué es el Espíritu? – el Padre en movimiento”. El aire está ahí, en él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17,28), pero ni siquiera nos damos cuenta de que lo respiramos, de que es “el aliento de nuestra vida”... hasta que se mueve, hasta que sopla. Entonces nos damos cuenta de que es una de las fuerzas vitales más definitivas. La luz, el agua, el viento, tres preciosos símbolos de Dios, de Dios para nosotros. Dios no es líquido, ni emite resplandores, ni levanta polvaredas; pero sin Dios mi vida es estéril, no sé distinguir caminos de zarzales, me siento varado y pasivo. Imágenes de Dios y de mi vida, hablar de Dios con imágenes, deslumbrante secreto de la Escritura. Hablamos de Dios sensible, hablamos de que las cosas hablan de Dios, de que podemos levantar el corazón a Dios desde el agua, desde la luz, desde el viento, como hacia Jesús, el mejor contemplativo, cuando veía a Dios en todas las cosas y con todas las cosas hablaba de Dios.